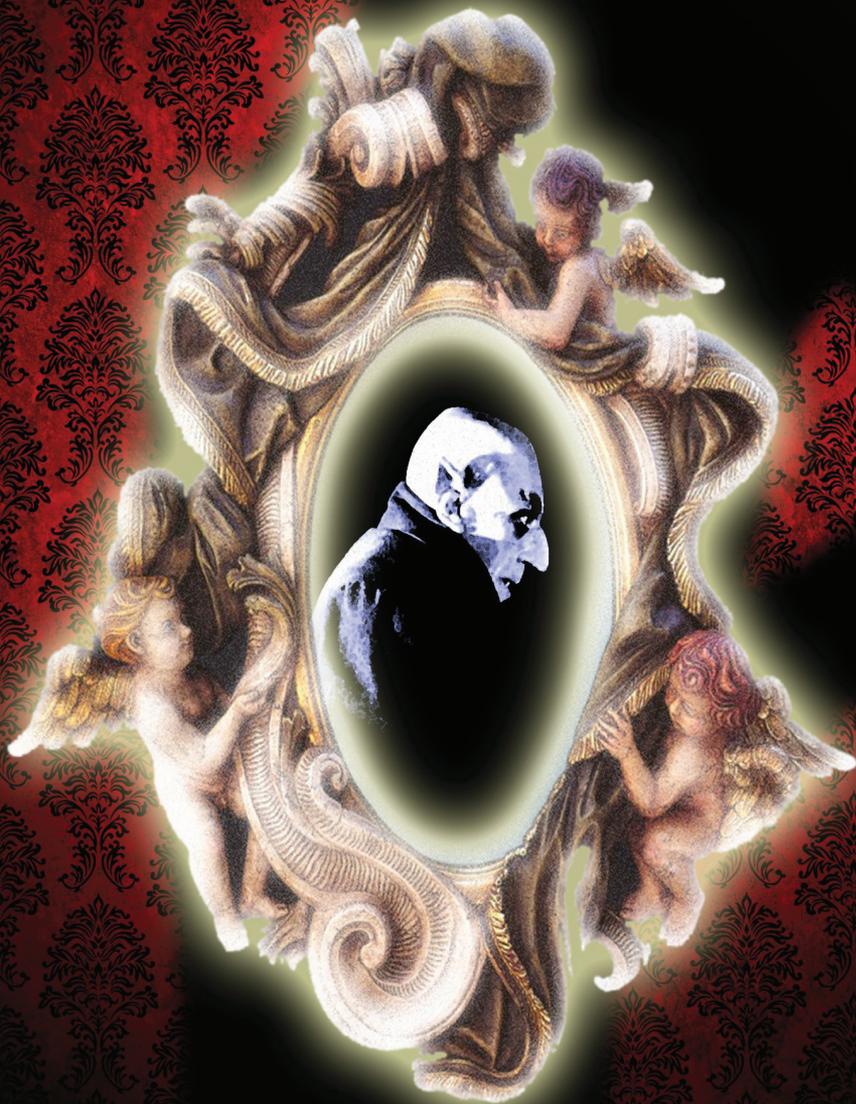


La sombra de

Polidori



Bestiario de lo sobrenatural 1

Créditos:

**La sombra de Polidori
Bestiario de lo sobrenatural I**

Primera Edición: agosto 2014

Código: 978-540003863505-0039

Autores: Ignacio Cid Hermoso, Enrique Cordobés, Ángel Elgue,
José Manuel Fernández Aguilera, Javier Fernández Bilbao,
Covadonga González-Pola, Gloria T. Dauden, Ángeles Mora,
L.G. Morgan, Pedro Moscatel, Óscar Muñoz Caneiro,
Sergio Pérez-Corvo, John William Polidori,
Gema del Prado Marugán y Edgar Segá

Traductor (“El vampiro”): Juan Ángel Laguna Edroso

Ilustración de portada: Miguel Puente Molins

Maquetación y diseño: Kachi Edroso y Miguel Puente Molins

Corrección de estilo: Juan Ángel Laguna Edroso

Edición: Saco de huesos

Paseo Fernando el Católico, 59. ED 5A

CP 50006 Zaragoza

www.sacodehuesos.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

La sombra de
Polidori



Bestiario de lo sobrenatural 1

EL VAMPIRO

Por John William Polidori

OCURRIÓ QUE en mitad de las disipaciones precedentes al invierno londinense, apareció en algunas de las fiestas de mejor tono un aristócrata más destacable por sus particularidades que por su rango. Este observaba el júbilo circundante como si no pudiera participar del mismo. Daba la impresión de que en cuanto una risa ligera e inocente atraía su atención, la sofocaba de una simple mirada y un inesperado temor anidaba en los pechos donde esta había reinado sin preocupaciones. Aquellos que sufrían este sobrecogimiento no podían explicar de dónde provenía: algunos lo atribuían al gris mortecino de sus ojos, los cuales, al fijarse en el rostro de su víctima, parecían incapaces de penetrar, de un vistazo perforar las intimidades de su corazón, sino que caían sobre sus mejillas con un brillo plomizo que oprimía la piel, sin poder aventurarse más allá.

Estas peculiaridades hicieron que fuera invitado a todas las casas; todos deseaban verlo y aquellos acostumbrados a las emociones violentas, que sentían en aquellas fechas el peso del aburrimiento, se congratulaban de tener algo en su presencia capaz de captar su atención.

A pesar de la tonalidad cadavérica de su rostro, que nunca adoptaba un tono más cálido, ni sonrojado por la modestia ni por esa emoción más intensa que es la pasión, su forma y perfil eran hermosos, y muchas féminas ávidas de notoriedad intentaban convertirse en el blanco de sus atenciones y conseguir, al menos, algunos gestos de lo que se pudiera considerar su afecto. Lady Mercer, que había sido el hazmerreír de todas las arpías que asomaban por los salones desde su matrimonio, se cruzó en su camino e hizo de todo, salvo vestirse de *montimbanco*, para atraer su atención... en vano: cuando se puso delante de él, a pesar de

que sus ojos estaban en apariencia fijos en los suyos, parecía incapaz de verlos, hasta tal punto que su insolencia se tornó desconcierto y se retiró. Pero si las adúlteras comunes no eran capaces de atrapar su mirada no era por su desinterés por el sexo femenino, por mucho que la aparente precaución con la que se dirigía a la esposa virtuosa o a la inocente hija hiciera pensar que nunca se dirigía a mujeres. Tenía, por el contrario, reputación de pico de oro y bien porque esto compensara sus maneras siniestras o porque conmoviera su aparente desprecio por el vicio, se encontraba con la misma frecuencia rodeado de aquellas damas que adornaban su género con sus virtudes domésticas que de aquellas que lo mancillaban con sus vicios.

Más o menos al mismo tiempo llegó a Londres un joven caballero llamado Aubrey, que había quedado huérfano, junto a su única hermana, y en posesión de un importante patrimonio, cuando todavía era un niño. Abandonado también por sus tutores, que consideraron su deber tan solo ocuparse de su fortuna mientras delegaban la mucho más importante tarea de formar su mente a subalternos a sueldo, el joven cultivó más su imaginación que su juicio. Tenía, por lo tanto, ese romántico sentimiento de honor y candidez que a diario arruina tantas aprendices de costurera. Creía que todo estaba en sintonía con la virtud y que el vicio era sembrado por la Providencia tan solo para crear un efecto pintoresco, tal y como vemos en las novelas: creía que la miseria de una cabaña consistía meramente en la ropa atribuida, que resultaba igual de comfortable pero se mostraba más interesante al ojo del pintor con su corte irregular y los remiendos de colores. Pensaba, en resumidas cuentas, que los sueños de los poetas correspondían con la realidad de la vida. Era apuesto, franco y rico. Por estas razones, desde su entrada en bailes y recepciones, muchas madres lo rodeaban, esforzándose con menos sinceridad en cortejos lánguidos. Las hijas, al mismo tiempo, con sus rostros radiantes y el brillo de sus ojos cada vez que abría la boca, pronto

lo convencieron erróneamente de sus talentos y sus méritos. Tan apegado estaba a los romances que habían llenado sus horas solitarias que, al principio, le sorprendió constatar que, excepto en el tremolar de las velas, no por la presencia de un fantasma, sino por un soplo, no había fundamento en el mundo real para ninguna de las evocadoras imágenes y descripciones contenidas en aquellos libros que habían sido objeto de su estudio. Al encontrar, no obstante, cierta compensación en su vanidad halagada, se encontraba listo para renunciar a sus sueños cuando el extraordinario personaje que hemos descrito más arriba se cruzó en su camino.

Lo observaba y la mera imposibilidad de formarse una idea de su carácter lo absorbía por completo. Daba pocos indicios de la impresión que le causaba lo que le rodeaba, más allá del reconocimiento tácito de su existencia, implícito en que evitaba su contacto. Así, dejando que su imaginación se aferrase a todo lo que reafirmaba su propensión a las ideas extravagantes, pronto lo amoldó a la horma del héroe romanescos y se determinó a observar la manifestación de su ideal más que a la persona que tenía delante. Así, se familiarizó con él, se interesó por sus asuntos y, llegado el momento, su presencia era siempre reconocida. Gradualmente, fue descubriendo que los asuntos de Lord Ruthven se habían complicado y pronto se enteró, por los anuncios de xxxx Street, que estaba a punto de partir.

Deseoso de conseguir más información sobre su singular carácter, que hasta entonces había tentado su curiosidad, dio a entender a sus tutores que había llegado el momento de realizar un tour, algo que durante generaciones había sido considerado necesario para permitir a los jóvenes dar grandes pasos en la carrera del vicio de cara a igualarse con sus mayores, de tal modo que no parecieran recién caídos del cielo cuando cualquier escandalosa intriga fuera mencionada, bien como chanza bien como motivo de orgullo, gracias a la habilidad mostrada en seguir con la misma. Estos consintieron y Aubrey comunicó sus inten-

ciones de inmediato a Lord Ruthven. Para su sorpresa, este le propuso unirse a su viaje. Tocado por aquella muestra de aprecio de alguien que, en apariencia, nada tenía en común con otros hombres, aceptó de inmediato y, en pocos días, habían atravesado el Canal.

Hasta el momento, Aubrey no había tenido oportunidad de estudiar el carácter de Lord Ruthven y se encontró que, aunque ya era consciente de muchos de sus actos, los resultados ofrecían conclusiones distintas de los motivos aparentes que antes había atribuido a su conducta.

Su compañero de viaje se mostraba profusamente generoso: el desocupado, el vagabundo y el mendigo recibían de su mano más de lo necesario para cubrir sus deseos inmediatos. Pero Aubrey no pudo evitar darse cuenta de que no era entre los virtuosos reducidos a la indigencia por la mala fortuna que se mantenían en la virtud entre quienes otorgaba sus limosnas; esos eran despachados de su puerta con mal reprimidas burlas. Sin embargo, cuando un libertino venía a pedirle algo, no solo para satisfacer sus necesidades, sino para regodearse en sus deseos o hundirse aún más profundamente en su iniquidad, era colmado de caridad. Esto, no obstante, lo atribuía a la insistencia de los perdidos, que por lo general se impone sobre la timidez de los indigentes virtuosos.

Había otro particular en la caridad de su señoría que impresionaba todavía más al joven: todos aquellos que eran objeto de esta inevitablemente se encontraban con que tenía una maldición ligada, pues se veían conducidos al cadalso o hundidos en la más baja y abyecta miseria.

En Bruselas y otras ciudades por las que pasaron, Aubrey se sorprendió del aparente entusiasmo de su compañero por los lugares que albergaban todo vicio imaginable. En estos, se volcaba en la mesa de juego, apostaba y siempre con éxito, excepto cuando un perro viejo le salía al paso, en cuyo caso perdía incluso

más de lo que había ganado. Siempre, no obstante, con la misma expresión impasible con la que miraba la sociedad en torno. No, por el contrario, cuando se encontraba con el impulsivo joven debutante o con el desafortunado padre de numerosa familia; entonces, su mero deseo parecía ley para la fortuna y su en apariencia abstracta mente se veía dejada de lado y sus ojos chispeaban con más fuego que los del gato que juguetea con el ratón agonizante.

En cada ciudad, dejaba a algún joven previamente acaudalado desgajado de su círculo, maldiciendo, en la soledad de una mazmorra, el destino al que había sido arrastrado por haber alternado con este desalmado. Mientras, muchos padres se estremecían entre las significativas miradas mudas de sus hijos hambrientos sin un triste penique de su antigua inmensa fortuna, sin lo necesario para cubrir sus ansias presentes. Y, sin embargo, nunca se llevaba dinero de la mesa de juego, sino que perdía de inmediato, a favor del que arruinaba a tantos, hasta la última moneda que acababa de arrancar de las manos convulsas del inocente: esto puede que no se debiera a otra cosa que un cierto grado de conocimiento, que no era, por el contrario, capaz de combatir los ardidés de los más experimentados.

Aubrey deseaba con frecuencia llamar la atención de su amigo sobre este particular, y rogarle que cesase en esa caridad y esos entretenimientos que se convertían en la ruina de cuantos lo rodeaban sin reportarle ningún beneficio; pero siempre retrasaba el momento, pues cada día esperaba que Lord Ruthven le diera la oportunidad de hablar franca y abiertamente con él. En vano. En su carruaje, entre los ricos y variados escenarios brindados por la naturaleza salvaje, era siempre el mismo: sus ojos decían menos que sus labios, y a pesar de que Aubrey estaba cerca del objeto de su curiosidad, no obtenía mayor gratificación de este que la constante excitación de desear en vano romper el misterio que en su exaltada imaginación empezaba a asumir la forma de algo sobrenatural.

Pronto llegaron a Roma, y Aubrey perdió por un tiempo la pista a su compañero. Este lo dejó en una recepción matinal del círculo de amistades de una condesa italiana mientras él se iba en busca de los monumentos de otra ciudad casi desierta. Entretanto, le llegaron algunas cartas de Inglaterra que abrió con ilusión e impaciencia. La primera era de su hermana, en la que le transmitía nada más que su afecto. Las otras eran de sus tutores y lo dejaron estupefacto: si previamente le había sugestionado la idea de que un poder maléfico residía en su compañero, las misivas parecían dar suficiente crédito a esta impresión. Sus tutores insistían en que lo abandonase de inmediato y le urgían a ello esgrimiendo que su carácter era terriblemente disoluto y que, por sus irresistibles poderes de seducción, sus hábitos licenciosos se volvían más peligrosos para la sociedad.

Había quedado al descubierto que sus prevenciones con las adúlteras no tenían su origen en un desprecio a su carácter, sino que deseaba, para acrecentar su regocijo, que su víctima, la cómplice de su culpa, fuera arrancada del pináculo de la virtud hasta las simas de la infamia y la degradación: en efecto, todas aquellas féminas que había buscado, en apariencia por devoción a su virtud, habían dejado caer, desde su marcha, la máscara tras la que se ocultaban para exponer sin escrúpulos la completa deformidad de sus vicios ante la opinión pública.

Aubrey tomó la determinación de abandonar a aquel cuyo carácter, en cualquier caso, no había mostrado todavía ni un solo punto brillante en el que fijar la mirada. Se resolvió a inventar cualquier pretexto plausible para abandonarlo, decidido, mientras tanto, a observarlo con más atención y no dejar que el más mínimo detalle le pasase por alto.

Ingresó en el mismo círculo y rápidamente percibió que su señoría pretendía valerse de la inexperiencia de la hija de la dama cuya casa mayormente frecuentaba. En Italia, rara vez una mujer soltera se deja ver en sociedad; por ello, Lord Ruthven se veía

obligado a llevar sus planes en secreto. No obstante, Aubrey no perdía ojo de sus manejos y pronto descubrió que un compromiso se había fijado, el cual seguramente terminaría en la ruina de una inocente aunque inconsciente muchacha. Sin perder más tiempo, entró en el apartamento de Lord Ruthven y le preguntó sin miramientos por sus intenciones respecto a la muchacha, advirtiéndole al mismo tiempo que estaba al corriente de sus pretensiones de visitarla esa misma noche. El aristócrata contestó que sus intenciones eran tal y como las había supuesto si se le presentaba la oportunidad; y al inquirirle si pretendía esposarla, se limitó a carcajearse.

Aubrey se retiró y, de inmediato, escribió una nota para dejar constancia de que a partir de ese momento declinaba acompañar a su señoría en lo que quedaba del tour previsto, ordenó a su sirviente buscar otro alojamiento y, presentándose ante la madre de la muchacha, la informó de todo lo que sabía, no solo en lo que atañía a su hija, sino también en lo concerniente al carácter de su señoría. El compromiso fue anulado. Lord Ruthven se contentó con enviar a su criado al día siguiente para notificar su completo acuerdo con la separación, pero sin dar a entender en ningún momento que sospechaba que sus planes se habían visto frustrados por la intervención de Aubrey.

Tras dejar Roma, Aubrey se dirigió a Grecia y, después de atravesar la península, pronto se encontró en Atenas. Estableció su residencia en casa de un griego y en seguida se volcó en trazar los desvaídos vestigios de una gloria antigua a través de unos monumentos que, en apariencia avergonzados de servir de crónica de los hechos de unos hombres libres tan solo frente a esclavos, se refugiaban bajo el suelo o se ocultaban bajo los coloridos líquenes.

Bajo ese mismo techo habitaba un ser tan hermoso y delicado que hubiera sido modelo para un pintor que deseara retratar en el lienzo el paraíso prometido por Mahoma a los creyentes, salvo

que sus ojos decían demasiado para que nadie pudiera pensar que era una de esas bellezas carentes de espíritu. Cuando danzaba por la llanura o triscaba por las montañas, uno hubiera pensado que la gacela no era más que una triste sombra de su belleza, por quien hubiera cambiado su mirada, en apariencia la mirada de una naturaleza vivaz por ese mirar de adormilada suntuosidad solo adecuado para el gusto de un epicúreo.

El paso ligero de Ianthe acompañaba a Aubrey en su búsqueda de antigüedades, y con frecuencia la inconsciente muchacha se abandonaba a la persecución de una mariposa de cachemira mostrando por completo la belleza de sus formas, flotando como si fuera portada por el viento, frente a la entusiasta mirada del joven, que olvidaba las inscripciones que acababa de descifrar en una lápida casi borrada ante el espectáculo de esa figura de sílfide. A menudo, sus mechones caían y flotaban a su alrededor, exhibiendo bajo los rayos del sol tal delicadeza brillante y efímera en sus tintes que podía bien excusar la distracción del estudioso, que dejaba escapar de su pensamiento el mero objeto que tenía ante sus ojos a pesar de su vital importancia para la interpretación adecuada de un pasaje de la obra de Pausanias.

Pero ¿por qué intentar describir los encantos que todos sentimos pero nadie puede apreciar? Era inocencia, juventud y belleza nunca afectada por las atestadas salas de estar y los sofocantes salones de baile. Mientras él dibujaba los vestigios de los que quisieron preservar memoria para la posteridad, ella permanecía a su lado y contemplaba la magia de su lápiz al trazar escenas de su tierra natal; entonces, ella le describía la danza en círculo realizada en un llano, y hubiera pintado para él todos los vivos colores de sus memorias juveniles, la pompa de la boda que recordaba haber visto en su infancia, para luego volver a temas que, evidentemente, habían causado una más honda impresión en su mente: las historias preternaturales de su nodriza.

Su interés y aparente creencia en lo que esta le había contado excitaba el interés incluso de Aubrey y, en más de una ocasión,

ella le contó la historia del vampiro viviente, que había pasado años entre sus amigos y sus más queridos familiares prolongando su existencia a la fuerza al nutrirse de la vida de una hermosa mujer. Entonces, Aubrey sentía cómo se helaba la sangre en sus venas e intentaba reírse de ella por tan horribles y vacuas fantasías, pero Ianthe citaba los nombres de algunos ancianos que habían detectado a un vampiro viviendo entre ellos tras haber encontrado marcados a familiares y niños con el sello del diabólico apetito y, cuando lo veía tan incrédulo, le rogaba que la creyera porque sabía que aquellos que ponían en duda su existencia terminaban por encontrar prueba de la misma y, con gran pena y el corazón destrozado, se veían obligados a confesar que era cierta.

Ianthe le detalló la apariencia tradicional de aquellos monstruos y el horror del joven se acrecentó al oír una muy precisa descripción de Lord Ruthven. No obstante, persistió en persuadirla de que no podía haber verdad en sus miedos mientras, al mismo tiempo, se asombraba por la cantidad de coincidencias que tendían a reafirmarlo en su creencia de los poderes sobrenaturales de su antiguo compañero de viaje.

Aubrey empezó a tomar más y más aprecio por Ianthe. Su inocencia, que daba tal contraste con las afectadas virtudes de las mujeres en las que había proyectado su visión del romance, se había ganado su corazón. Y aunque se reía de la idea de un joven de costumbres británicas esposando a una chica griega sin educación, se encontraba más y más unido a su casi feérica presencia. En ocasiones se disponía a separarse de ella y, preparando un plan de búsqueda arqueológica, marchaba determinado a no volver hasta que su objetivo hubiera sido alcanzado... pero siempre encontraba imposible fijar su atención en las ruinas que lo rodeaban mientras su mente se veía ocupada por la única imagen que parecía digna posesora de sus pensamientos.

Ianthe era ajena a su amor y se mostraba siempre con la franqueza pueril de su primer encuentro. Cuando se separaban, parecía reluciente, pero tan solo porque se veía privada de alguien con quien visitar sus refugios preferidos, aunque fuera un guardián ocupado en abocetar o descubrir fragmentos que hubieran escapado a la destructiva mano del tiempo.

La muchacha había recurrido a sus padres a propósito del asunto de los vampiros y ambos, con varios testigos, habían afirmado su existencia pálidos de horror ante la mera mención del nombre.

Poco después, Aubrey decidió proceder a una de sus excursiones, una que lo mantendría ocupado por varias horas, cuando oyeron el nombre del lugar y todos a una le rogaron que no volviera de noche, pues se vería forzado a atravesar cierto bosque en el que ningún griego osaría permanecer tras la puesta de sol bajo ningún concepto. Lo describieron como el cubil donde los vampiros celebraban sus orgías nocturnas y le advirtieron que los más terribles males acechaban a aquellos que osaban cruzarse en su camino. Aubrey intentó quitar hierro a estas historias y reírse de la idea, pero, cuando los vio estremecerse ante su menosprecio de un supremo poder infernal cuyo simple nombre parecía capaz de helar su sangre, se calló.

A la mañana siguiente, preparó su excursión sin ayuda. Le sorprendió observar la melancolía que llenaba el rostro de sus anfitriones y le apenó ver que sus palabras, con las que se había burlado de aquellos horribles demonios, habían causado tal temor. Cuando estaba a punto de marchar, Ianthe se acercó al flanco de su caballo y le rogó apasionadamente que volviera a tiempo, pues la noche permitía la utilización del poder de aquellos seres. Él lo prometió.

No obstante, se vio tan absorbido por sus investigaciones que no se dio cuenta de que la luz diurna se extinguiría pronto ni de que en el horizonte se percibía una de esas manchas que en los

climas cálidos rápidamente se convierten en una masa que se vierte con toda su rabia sobre la campaña. Al final, de todas formas, montó en su caballo dispuesto a recuperar el tiempo perdido cabalgando rápido, pero era demasiado tarde: el crepúsculo, en los climas del sur, es casi desconocido. De inmediato el sol se pone y la noche comienza. Y antes de que hubiera avanzado gran cosa, el poder de la tormenta estaba sobre él, con el eco de los truenos dejando apenas intervalos entre sí, y una densa lluvia forzaba sus pasos bajo el dosel de follaje mientras azules viperinos relámpagos caían irradiando justo a sus pies.

De repente, su caballo se asustó y se lanzó a una vertiginosa carrera por el enmarañado bosque. El animal, al final, de puro agotamiento, se detuvo, y Aubrey vio, bajo el resplandor de los rayos, que se encontraba cerca de una casucha que apenas asomaba entre las masas de hojas muertas y matorrales que la rodeaban. Desmontó y se acercó con la esperanza de encontrar a alguien capaz de guiarlo hasta el pueblo, confiando al menos en conseguir algo de refugio frente a lo más descarnado de la tempestad. Al aproximarse, los truenos, por un instante acallados, le permitieron oír los espantosos chillidos de una mujer mezclados con la sofocada exultante burla de una carcajada, en un sonido casi continuo. Sorprendido, pero incitado por un trueno que rugía de nuevo sobre su cabeza, con un esfuerzo súbito forzó la puerta de la choza.

La oscuridad era total, pero el sonido le sirvió de guía. Aparentemente, pasó desapercibido, pues a pesar de llamar, el sonido continuaba y no daban señal de notar su presencia. Se topó con alguien, a quien inmediatamente agarró, cuando una voz gritó «¡Engañado de nuevo!», a lo que siguió una fuerte carcajada al tiempo que se sentía atrapado por una de esas fuerzas que parecen sobrehumanas. Determinado a vender cara su vida, se debatió, pero fue en vano: fue alzado y arrojado con una fuerza descomunal al suelo; su enemigo se lanzó sobre él y, arrodillándose sobre su pecho, rodeó su garganta con las manos... cuando el

resplandor de muchas antorchas a través del agujero que, de día, permitía el paso de luz perturbó a su agresor. Este se levantó de inmediato y, abandonando su presa, se precipitó por la puerta y, tras un momento de ramas rotas, mientras se abría paso a través del bosque, ya no se le oyó más.

La tormenta había amainado y Aubrey, incapaz de moverse, pronto fue oído por los que se encontraban afuera. Entraron, y la claridad de sus antorchas cayó sobre las paredes enlodadas y hebras de hollín se alzaron hasta el techado de paja. Siguiendo la petición de Aubrey, buscaron a aquella cuyos gritos había oído, dejándolo de nuevo en la oscuridad, pero cuál sería su horror cuando una vez más volvió la luz de las antorchas sobre él y le mostró liviana forma de su guía, inánime. Cerró los ojos con la esperanza de que no fuera más que una visión arrancada de su perturbada imaginación, pero de nuevo vio la misma forma, pegada a él, cuando se apretaron a su lado.

No había color en sus mejillas, ni siquiera en sus labios. Aun así había un sosiego en su rostro que parecía casi tan atractivo como la vida que una vez habitó ahí. Sobre su cuello y su pecho había sangre, y en su garganta las marcas de los dientes que habían abierto la vena. Señalándolas, los hombres gritaron a coro, presas del horror: «¡Un vampiro! ¡Un vampiro!».

Improvisaron rápidamente una camilla y Aubrey se encontró al lado de aquella que en los últimos días tantas dulces visiones había protagonizado en su mente, y cuya flor de la vida había muerto en su interior. No sabía ni cuáles eran sus pensamientos; su cerebro estaba entumecido y parecía evitar cualquier reflexión, como si se refugiara en la vacuidad. Casi inconsciente, sostenía en su mano una daga desnuda de particular factura que había encontrado en la choza.

Pronto se encontraron con otras partidas que se habían organizado para buscar a aquella cuya madre había echado en falta. Sus lamentos, al acercarse a la ciudad, anticiparon a los padres la espantosa catástrofe. Describir su pena sería imposible,

pero cuando certificaron la causa de la muerte de su hija, miraron a Aubrey y señalaron el cadáver. Desconsolados, ambos murieron con el corazón roto.

Aubrey, encamado, fue presa de la más violenta de las fiebres y con frecuencia deliraba. En esos intervalos llamaba a Lord Ruthven y a Ianthe: por alguna inexplicable combinación parecía suplicar a su antiguo compañero que dejase con vida a su amada. En otras ocasiones lo imprecaba con todo tipo de juramentos y lo maldecía como su destructor.

Lord Ruthven, llegado por casualidad a Atenas por aquellos días, se enteró de alguna manera del estado del joven y se instaló de inmediato en la misma casa para convertirse en su constante asistente. Cuando Aubrey se recobró de su delirio, vio horrorizado y sorprendido la imagen de aquel que ahora combinaba con el vampiro; pero Lord Ruthven, con sus palabras amables, que dejaban prácticamente implícito su arrepentimiento por la falta que había provocado su separación, y todavía más gracias a la atención, ansiedad y cuidados que había mostrado, pronto se reconcilió con él.

Su señoría parecía muy cambiado: ya no se mostraba el ser apático que tanto había sorprendido a Aubrey. Pero tan pronto como su convalecencia empezó a concluir, se fue recluyendo de nuevo en el mismo estado mental y Aubrey ya no pudo ver diferencia con el hombre que había conocido, excepto porque en ocasiones sorprendía su mirada fija en él y una sonrisa de malicioso gozo en sus labios. No sabía por qué, pero aquella sonrisa lo hechizaba.

Durante la última fase de la recuperación del convaleciente, Lord Ruthven parecía encandilado con las ondas levantadas en el follaje por la fresca brisa o con el progreso de las órbitas que, como nuestro mundo, se describen alrededor del estático sol; en efecto, parecía desear evitar todo contacto visual.

La mente de Aubrey, a causa de la impresión, se había debilitado considerablemente, y esa flexibilidad de espíritu que antes lo distinguía parecía perdida para siempre. Se mostraba ahora amante de la soledad y el silencio, como Lord Ruthven, pero por mucho que deseara la soledad su mente era incapaz de encontrarla en las cercanías de Atenas. Si la buscaba en torno a las ruinas que había frecuentado con anterioridad, el espectro de Ianthe permanecía a su lado; si lo hacía en la floresta, sus ligeros pasos se dejaban oír merodeando en el sotobosque a la caza de una modesta violeta. Entonces, al volverse de improviso, se aparecía ante su desbocada imaginación su rostro pálido y la garganta herida, y una tímida sonrisa en los labios.

Tomó la determinación de huir de aquel lugar, de cualquier cosa que creara aquellas amargas asociaciones de pensamiento. Propuso a Lord Ruthven, con el que había establecido un nuevo vínculo por sus tiernos cuidados durante su convalecencia, que visitaran aquellas partes de Grecia que nunca hubieran visto. Así, viajaron en todas direcciones y buscaron cada lugar del que extraer un recuerdo, pero a pesar de que se apresuraron de un sitio a otro, aun así parecían incapaces de encontrar lo que buscaban.

Oyeron hablar mucho de bandoleros, pero gradualmente terminaron por no dar crédito a estas noticias, que imaginaban la invención de gentes interesadas en estimular la generosidad de aquellos a quienes protegían de los pretendidos peligros. Como consecuencia de esta irresponsabilidad, en una ocasión viajaban con pocos escoltas, que servían más de guías que de protección, cuando al entrar en un estrecho desfiladero, por cuyo fondo discurría un torrente entre enormes masas de roca derrumbadas de los precipicios circundantes, tuvieron ocasión de arrepentirse de esta negligencia: escasamente la expedición al completo se hubo introducido en el angosto pasaje, las balas empezaron a silbar sobre sus cabezas entre ecos que delataban varias armas de fuego. En un instante, sus guardias los habían abandonado y,

situados tras rocas, devolvían los disparos. Lord Ruthven y Aubrey, imitando su ejemplo, se retiraron por un momento a un recodo del desfiladero; pero, avergonzados de verse demorados por un enemigo que con insultantes gritos les conminaban a avanzar, y al mismo tiempo expuestos a una carnicería si los ladrones escalaban posiciones y los pillaban por la retaguardia, decidieron lanzarse al asalto en busca del enemigo. Apenas habían dejado su refugio cuando Lord Ruthven recibió un disparo en el hombro que lo derribó.

Aubrey se apresuró a asistirlo, y, al no presentar ya batalla o riesgo alguno, pronto vio con sorpresa los rostros de los bandidos a su alrededor: sus escoltas, al ver a Lord Ruthven herido, habían tirado de inmediato sus armas y se habían rendido.

Mediante promesas de grandes recompensas, Aubrey convenció a los bandidos de llevar a su amigo herido a una cabaña cercana y, habiendo acordado un rescate, no fue molestado más por su presencia: los forajidos se contentaron con vigilar la entrada hasta que uno de sus camaradas volviera con la suma prometida, que el joven había solicitado.

El vigor de Lord Ruthven decreció con rapidez. Tras dos días de mortificación, la muerte parecía haber avanzado con pasos presurosos. Su aspecto y su conducta no habían cambiado: parecía tan ajeno al dolor como se había mostrado con todo lo que lo rodeaba, pero hacia el final de la última tarde, su mente parecía inquieta y sus ojos se fijaban con frecuencia sobre Aubrey, cuya asistencia era reclamada con más que la usual franqueza: «¡Ayúdame! Puedes salvarme... puedes hacer más que eso... no me refiero a mi vida; presto tanta atención al final de mi existencia como al día que pasa, pero tú puedes salvar mi honor, el honor de tu amigo». «¿Cómo? Dime cómo. Haré lo que sea» replicó Aubrey. «Necesito poca cosa... mi vida mengua rápido... No puedo explicarlo todo... pero si ocultaras lo que sabes de mí, mi honor estaría libre de mácula a los ojos del mundo... y si mi muerte fuera ignorada por un tiempo en Inglaterra... yo... yo... sino vida... No debe

saberse... ¡Júralo!» gritó el moribundo alzándose con inusitada violencia. «Júralo por todo lo que venere tu alma, por todo lo que tema tu naturaleza, jura que, por un año y un día, no contarás nada de mis crímenes o mi muerte a ningún ser vivo de ninguna manera, pase lo que pase, veas lo que veas». Sus ojos parecían arder en las cuencas. «¡Lo juro!» dijo Aubrey, y entonces Lord Ruthven cayó riéndose en su almohada y dejó de respirar.

Aubrey se retiró a descansar, pero no concilió el sueño. Las circunstancias que lo habían llevado a conocer a aquel hombre venían a su mente y no sabía por qué. Cuando recordó su juramento le sobrevino un escalofrío, como el presentimiento de algo horrible que le esperase.

Tras levantarse temprano por la mañana, estaba a punto de entrar en la choza donde había dejado el cadáver cuando uno de los bandidos salió a su encuentro y le comunicó que ya no se encontraba ahí puesto, que junto con sus camaradas lo había transportado, en cuanto se hubo retirado, hasta la cima de una montaña cercana para cumplir la promesa que le habían hecho a su señoría de que sería expuesto al primer frío rayo de luna que asomase tras su muerte.

Aubrey, perplejo, tomó unos cuantos hombres determinado a ir y enterrarlo en el lugar donde yacía. Pero cuando llegaron a la cima no encontraron traza alguna ni del cuerpo ni de sus ropas a pesar de que los bandidos juraron señalando una roca que sobre aquella misma habían dejado el cadáver. Por un tiempo, su mente se vio asaltada por todo tipo de conjetura, pero cuando por fin volvió estaba convencido de que habían enterrado el cuerpo para quedarse con sus ropas.

Cansado de un país en el que había encontrado tantas desgracias y en el que parecían conspirar para agudizar la supersticiosa melancolía que había hecho mella en su mente, se resolvió a abandonarlo y pronto llegó a Esmirna. Mientras esperaba un

navío que lo llevara a Otranto o a Nápoles, se ocupó en poner orden en las posesiones de Lord Ruthven. Entre otras cosas, había una caja que contenía varias armas ofensivas más o menos adaptadas para asegurar la muerte de la víctima, entre las que se encontraban varias dagas y yataganes. Al darles la vuelta para examinar su curiosa forma se sorprendió al encontrar una vaina ornamentada en el mismo estilo que la daga descubierta en el fatal refugio. Estremecido, se apresuró a buscar más pruebas: dio con el arma y solo se puede imaginar el horror que experimentó al descubrir que, a pesar de su peculiar forma, encajaba en la vaina que sostenía en su mano. Sus ojos no necesitaron más certezas: parecían ligados a la daga. Aun así, deseaba no creerlo, pero la particular forma, los mismos tintes variados en la empuñadura y la vaina, que presentaban idéntico esplendor en ambas, no dejaban espacio a la duda. Incluso había gotas de sangre en las dos.

Dejó Esmirna y, de camino a casa, en Roma, sus primeras indagaciones concernieron a la dama que había intentado librar de las seducciones de Lord Ruthven. Sus padres estaban angustiados, su fortuna arruinada, y de ella no habían tenido noticia desde la marcha de su señoría. La mente de Aubrey casi se quebró bajo aquella sucesión de horrores. Temía que la joven hubiera sido víctima del destructor de Ianthe. Se volvió taciturno y silencioso, y su única ocupación era apresurarse, como si fuera a salvar la vida de alguien muy querido.

Llegó a Calais. Una brisa, que parecía obedecer a su voluntad, lo llevó pronto a costas inglesas. Corrió a la mansión de sus padres y ahí, por un momento, pareció perder en los abrazos y caricias de su hermana, toda memoria de lo ocurrido. Si en el pasado, por su cariño infantil, se había ganado su afecto, entonces, como la mujer que empezaba a mostrarse, era aún más querida como compañera.

Miss Aubrey no tenía aquella victoriosa gracia que capta las miradas y los aplausos en los salones. No tenía nada de esa brillantez que solo existen en la cargada atmósfera de los apartamentos concurridos. Sus ojos azules nunca se encendían con frivolidad de espíritu. Había un encanto melancólico que parecía no provenir de sus infortunios, sino de un sentimiento profundo que revelaba un alma consciente de un reino superior. Su caminar no tenía esa ligereza capaz de extraviarse tras una mariposa o un color atractivo: era sosegado y pensativo. Cuando se encontraba sola, su rostro nunca se iluminaba con una sonrisa de felicidad, pero cuando su hermano le insuflaba su afecto y olvidaba en su presencia los sufrimientos que ella sabía habían destruido su paz, ¿quién hubiera podido cambiar su sonrisa por la de los hedonistas? Parecía como si esos ojos, ese rostro gozaran entonces en la luz de su esfera natal.

Tenía tan solo dieciocho años y no había sido presentada al mundo, dado que sus tutores habían considerado que era más adecuado que su puesta de largo se demorase hasta que su hermano volviera del continente, cuando este pudiera ser su valedor.

Se había resuelto que entonces, dado que se acercaba la próxima fiesta, sería el momento de hacer su entrada en sociedad. Aubrey hubiera preferido permanecer en la mansión de sus padres y alimentar la melancolía que lo dominaba. No era capaz de sentir el más mínimo interés por las frivolidades de las modas ajenas cuando su mente se había visto tan torturada por los eventos de los que había sido testigo, pero estaba decidido a sacrificar su propia comodidad por la protección de su hermana.

Así, llegaron temprano a la ciudad y se prepararon para el día siguiente, para el que se había anunciado la recepción.

La multitud resultaba apabullante. Hacía tiempo que no se había dado ninguna fiesta y todo aquel ansioso por disfrutar bajo la sonrisa de la realeza se había apresurado en acudir. Aubrey estaba ahí con su hermana. Mientras se mantenía en un rincón, aislado,

ajeno a cuanto lo rodeaba, se perdió en el recuerdo de la primera vez que vio a Lord Ruthven en aquel mismo lugar. Entonces, de improviso, alguien lo tomó por el brazo y una voz que reconoció demasiado bien le susurró al oído... «Recuerda tu juramento». Apenas tuvo el coraje de volverse, temeroso de ver un espectro que lo maldijera, cuando percibió, a poca distancia, la misma figura que atrajo su atención en aquel mismo lugar en su entrada en sociedad.

Lo contempló hasta que sus piernas casi rehusaron sostenerlo y se vio obligado a aferrarse al brazo de un amigo, y entonces, forzando el paso a través de la multitud, se precipitó en su carruaje e hizo que lo condujeran a casa.

Atravesó el salón con pasos apresurados y se llevó las manos a la cabeza como si temiera que sus pensamientos fueran a hacer estallar su cerebro. Lord Ruthven de nuevo frente a él... Los hechos aparecían en una espeluznante cadena: la daga, el juramento, su muerte... Se puso en pie, incapaz de creerlo: ¡los difuntos alzándose de nuevo! Pensó que su imaginación había conjurado la imagen de su mente obsesionada. Era imposible que fuera cierto.

Decidió, no obstante, volver en sociedad. Pero aunque intentó indagar sobre Lord Ruthven, su nombre se heló en sus labios y no consiguió ninguna información. Se presentó algunas veladas después con su hermana ante el círculo de un conocido cercano. Dejándola bajo la protección de una matrona, se retiró a un rincón y se abandonó a los pensamientos que lo carcomían.

Al darse cuenta, al final, que muchos se estaban yendo, se puso en pie y fue a otra habitación, donde encontró a su hermana rodeada de invitados en lo que parecía una seria conversación. Intentó aproximarse cuando uno de ellos, al que le había pedido paso, se dio la vuelta revelando los rasgos que más aborrecía. Se abalanzó entonces sobre su hermana y, tomándola del brazo, con pasos apresurados, la obligó a salir a la calle. En la puerta, se vio bloqueado por la muchedumbre de criados que esperaban a sus señores y, mientras intentaba abrirse camino, oyó de nuevo aque-

lla voz susurrándole muy cerca «recuerda tu juramento». No osó darse la vuelta, pero, apremiando a su hermana, pronto llegaron a casa.

Aubrey devino casi un perturbado. Si antes su mente se había visto absorbida por un tema, cuán más completamente absorta se encontraría ahora que la certeza de que el monstruo vivía de nuevo oprimía sus pensamientos. Las atenciones de su hermana eran ignoradas y en vano esta intentaba que le explicara qué había causado su abrupto proceder. Él tan solo pronunció unas pocas palabras, y estas la aterrorizaron.

Cuanto más lo pensaba, más desconcertado se sentía. Su juramento lo sorprendía: ¿tenía que permitir a aquel monstruo merodear, esparciendo la ruina con su aliento entre todos los que le eran queridos y no advertirles de sus actos? Su propia hermana podría haber sido tocada por él. Pero incluso si rompía su juramento y revelaba sus sospechas, ¿quién podría creerle? Pensó valerse de su propia mano para liberar al mundo de aquella abominación, pero la muerte, recordó, ya había sido burlada.

Durante días, permaneció en aquel estado. Encerrado en su habitación, no vio a nadie y solo comió cuando su hermana se presentó, con los ojos en lágrimas, suplicándole por su amor que se alimentara. Al final, incapaz de lidiar con la quietud y la soledad, dejó su casa y vagabundó de calle en calle, ansioso por librarse de aquella imagen que lo perturbaba.

Descuidó su vestimenta y merodeaba con frecuencia expuesto al sol de la tarde y a la humedad de medianoche. Ya casi no se lo reconocía. Al principio, volvía a casa al anochecer, pero al final se dejaba caer ahí donde lo alcanzase la fatiga. Su hermana, inquieta por su seguridad, contrató gente para que lo siguiera, pero Aubrey los perdía, huyendo de todo perseguidor como lo hacía de sus pensamientos.

Su conducta, no obstante, cambió de repente. Sacudido por la idea de que su ausencia dejaba solos a todos sus amigos, con un

demonio entre ellos cuya existencia ignoraban, decidió volver a presentarse en sociedad y vigilarlo de cerca, pronto a prevenir, a pesar de su juramento, a todos aquellos que Lord Ruthven abordarse íntimamente. Pero cuando entraba en un salón, su mirada ojerosa y suspicaz era tan impactante, su estremecimiento tan evidente, que al final su hermana se vio obligada a rogarle que, por su bien, se abstuviera de frecuentar un entorno que con tanta intensidad lo afectaba. Cuando, sin embargo, toda protesta se probó vana, sus tutores juzgaron conveniente intervenir y, temiendo que su mente se estuviera enajenando, encontraron que era buen momento para asumir de nuevo esa confianza que previamente había sido impuesta sobre ellos por sus padres.

Deseosos de librarlo de los sufrimientos y heridas que había padecido a diario en sus vagabundeos y para evitar que se mostrara en público con esas marcas que consideraban signo de locura, contrataron a un médico para que viviera en la casa y cuidara constantemente del joven. Este apenas pareció darse cuenta de ello, tan absorto estaba en un solo y terrible tema. Sus incoherencias devinieron tan grandes que, al final, fue confinado a su habitación. En ella permaneció durante días, incapaz de alzarse. Estaba demacrado, sus ojos presentaban un lustre vidrioso. El único signo de afecto y rememoración que mostraba lo brindaba a su hermana cuando entraba a verlo. Entonces, a veces, se incorporaba y, tomándola de las manos, con miradas que la afligían profundamente, deseaba que no lo tocara. «Oh, no lo toques... Si tu amor por mí significa algo ¡no te acerques a él!». Pero cuando le preguntaba a quién se refería, su única respuesta era «cierto, cierto» y de nuevo se sumía en un estado del que ni siquiera ella era capaz de sacarlo.

Así permaneció durante meses. Poco a poco, sin embargo, a medida que el año pasaba, sus incoherencias se volvieron menos frecuentes y su mente consiguió librarse de una parte de su pesadumbre. Al mismo tiempo, sus tutores observaron que, varias

veces al días, contaba con sus dedos un número determinado y después sonreía.

El tiempo casi había terminado cuando, durante el último día del año, uno de sus tutores entró en su habitación y comenzó a conversar con el médico sobre lo triste que resultaba que Aubrey se encontrara en una situación tan terrible cuando su hermana iba a contraer matrimonio al día siguiente. Al momento, sus palabras captaron la atención del joven y este preguntó ansioso con quién iba a casarse.

Contentos con aquel signo de recuperación de su raciocinio, del cual temían hubiera quedado privado, mencionaron al Earl de Marsden. Pensando que se trataba del joven señor que había conocido en alguna recepción, Aubrey se mostró complacido y los sorprendió aún más al expresar su intención de estar presente en la ceremonia nupcial y su deseo de ver a su hermana. Ellos se negaron, pero minutos después su hermana estaba con él.

De nuevo, en apariencia se mostró capaz de verse afectado por la influencia de su amorosa sonrisa, pues la estrechó contra su pecho y la besó en la mejilla, húmeda de las lágrimas que fluían al pensar que el corazón de su hermano latía de nuevo ante los sentimientos de afecto. Este comenzó a hablar con toda su acostumbrada calidez y a felicitarla por su próximo matrimonio con una persona distinguida por rango y todo logro, cuando de repente percibió un guardapelo en su pecho. Al abrirlo, se quedó perplejo al contemplar los rasgos del monstruo que durante tanto tiempo había marcado su vida. Tomó el retrato sumido en la rabia hasta el paroxismo y lo pisoteó.

Al preguntarle por qué destrozaba la imagen de su futuro marido, él la miró como si no la entendiera. Entonces, tomándola por las manos y contemplándola con una expresión agitada, le ordenó que le jurara que nunca se casaría con ese monstruo, porque... Pero no pudo continuar: parecía que la voz le ordenara de nuevo recordar su juramento.

Aubrey se volvió súbitamente, pensando que Lord Ruthven se encontraba cerca, pero no vio a nadie. Mientras tanto, sus tutores y el médico, que lo habían escuchado todo y pensaron que aquello no era más que una recaída, entraron y lo apartaron a la fuerza de la señorita Aubrey, deseando que lo dejase.

El joven se postró de rodillas ante ellos y les imploró y suplicó que retrasasen el compromiso tan solo un día. Estos, atribuyendo la petición a la demencia que imaginaban había poseído su mente, se esforzaron por calmarlo y lo dejaron.

Lord Ruthven había mandado un billete a la mañana siguiente del día de la recepción y, como a todos los demás, le habían rehusado la visita. Cuando había oído de la indisposición de Aubrey, de inmediato había comprendido que él era la causa. Pero cuando supo de su presunta demencia, estaba tan exultante y complacido que difícilmente se podía confundir con aquellos otros al corriente de la noticia. Se precipitó a la casa de su antiguo compañero y su constante asistencia, su pretendida gran afección por el convaleciente y su interés por el destino de este terminaron por ganarse los oídos de la señorita Aubrey.

¿Cómo resistir su poder? Su lengua tenía peligros y redes sin cuento. Podía hablar de sí mismo como de alguien sin simpatías en todo el populoso mundo, salvo por ella, a quien se debía. Podía contarle cómo, desde que la conocía, su existencia había empezado a merecer la pena solo por escuchar las reconfortantes inflexiones de su voz. En efecto, sabía demasiado bien cómo usar el arte de la serpiente, o tales eran los designios del destino, que se ganó el afecto de la joven.

Tras heredar el título de una vieja rama familiar, obtuvo una importante embajada que servía de excusa perfecta para apresurar la boda, a pesar del estado perturbado del hermano: esta tendría que celebrarse antes de que partiera al continente.

Aubrey, cuando fue dejado por el médico y sus tutores, intentó sobornar a los criados, pero fue en vano. Pidió entonces papel y lápiz, y se lo facilitaron. Escribió de inmediato una carta a su hermana conminándola si valoraba en algo su felicidad, su propio honor, el honor de aquellos que estaban ya en la tumba y que la sostuvieron entre sus brazos como su esperanza y la esperanza de su casa, que retrasara aunque fuera tan solo unas horas ese matrimonio, sobre el cual acusaba los más pesados maleficios. Los criados prometieron entregarla, pero se la dieron al médico y este consideró que era mejor no abrumar la mente de la señorita Aubrey con lo que él consideraba los delirios de un maníaco.

La noche pasó sin descanso para los ocupados habitantes de la casa y Aubrey escuchó, con un horror más fácil de concebir que de describir, la melodía de los afanados preparativos.

Al llegar la mañana, el sonido de los carruajes llegó a oídos del joven y este se puso casi frenético. Entonces, la curiosidad de los criados superó al fin su vigilancia y poco a poco fueron dejándolo hasta quedar tan solo custodiado por una indefensa anciana. Aprovechando la ocasión, salió del cuarto de un salto y en un momento se encontraba en la dependencia donde casi todos estaban reunidos.

Lord Ruthven fue el primero en apercibirlo y, de inmediato, se acercó y, tomándolo por el brazo a la fuerza, lo sacó de la habitación mudo de rabia. En la escalera, Lord Ruthven le susurró al oído: «Recuerda tu juramento y sé consciente de que si no se convierte en mi esposa hoy, tu hermana estará deshonrada. ¡Las mujeres son delicadas!» Y diciendo esto, lo empujó hacia sus asistentes, quienes, alertados por la anciana, habían venido en su busca.

Aubrey no pudo soportarlo más. Al no encontrar aliviadero, su rabia había roto un vaso sanguíneo y se vio obligado a volver a la cama. Nadie mencionó esto a su hermana, que no estaba presente en la habitación cuando había entrado, ya que el médico temía

causarle agitación. El matrimonio se formalizó y la novia y su esposo dejaron Londres.

La debilidad de Aubrey siguió aumentando. La pérdida de sangre era sintomática de la proximidad de la muerte. Hizo llamar a los tutores de su hermana y, cuando la medianoche sonó, relató cuanto el lector ya conoce... y, acto seguido, murió.

Los tutores se apresuraron en proteger a la señorita Aubrey, pero cuando llegaron era demasiado tarde. Lord Ruthven había desaparecido y la hermana de Aubrey había saciado ¡la sed de un VAMPIRO!

Sobre el autor de «El vampiro»:

John William Polidori (Londres, 1795 - 1821) es una de las más representativas figuras literarias devoradas por un vampiro. Médico personal de Lord Byron y denostado poeta en vida, participó en la mítica velada de Villa Diodati que dio a luz al monstruo del doctor Frankenstein.

El vampiro es su obra más conocida y uno de los pilares de este subgénero del terror que llegaría a su apogeo con el *Drácula* de Bram Stoker, novela en la que, sin duda, dejó su impronta.

EL BOSQUE DEL ARCOÍRIS

Por Pedro Moscatel

MUCHAS PERSONAS HAN MUERTO para que yo pueda contarte esta historia, y tú eres una de ellas. ¿Que a qué me refiero? Sabes muy bien a lo que me refiero. Trata de recordar aquellos años de infancia, aquellos en los que ya apenas piensas salvo muy de vez en cuando. Piensa en los huecos. Sí, todos olvidamos la mayor parte de aquello, ¿verdad? A todos se nos emborriona el recuerdo y la memoria se nos vuelve miope al mirar hacia ese tiempo entre el parto y las primeras sumas y restas.

Pero tú eres especial.

¿Ese sueño que tanto se repetía cuando empezabas a ir a la escuela? Tal vez no fuesen pesadillas. ¿Aquellos llantos en la oscuridad? ¿Aquella urgencia por encender la luz, por hablar con un adulto? Tal vez no fuesen terrores nocturnos. Recuerda aquel rostro difuso.

Sí, ya debes saber a qué me refiero. O lo sospechas al menos. Espero que tu carácter, y ya sabes de lo que hablo, no te ciegue y te impida volver la vista atrás, porque esto es importante. Importante y peligroso. Pero no; aunque a medias, estás pensando en lo que tú y yo sabemos, en lo que ocurrió cuando apenas se puede decir que eras tú. Las cosas que pensabas, el modo en que actuabas, ¿qué tiene que ver esa criatura asustada con quien eres hoy en día? Sí, ya sé que has cambiado, que has crecido, que has madurado. Pero debes saber que ese cambio ha sido más profundo de lo que crees. ¿Y si te dijese que no eras tú quien correteaba por el pasillo, quien pintarrajeaba sus cuadernos y cantaba desafinando las canciones infantiles que aprendía en preescolar?

Recuerda, por favor, tienes que intentarlo. Aquella vez, en aquel edificio blanco de ventanas grandes. ¿Todavía no? ¿Es que prefieres olvidar?

Lo entiendo, de verdad. Yo he pasado por ello, todos lo hemos hecho. Es traumático, como lo es para ellos la propia infancia. Pero no tengas miedo, estamos contigo. Estamos aquí, *ahora*. Hemos venido varios de nosotros, todos los que hemos podido. Miramos sobre tu hombro mientras lees. Esperamos en silencio a que termines, y ojalá entonces vuelvas a acordarte de nosotros. Te echamos tanto, tanto de menos...

No, no voy a hablarte acerca de ningún bosque del arcoíris. Ya deberías haberte dado cuenta de que este no es el relato que pretendías leer. Lo es para los demás; ellos leerán las mismas palabras que tú y, sin embargo, obtendrán una feliz narración de criaturas fantásticas, de magia e imaginación. Pero tú no esperes ninguna historia de unicornios y hadas, porque estas páginas no van a mostrarte otra cosa que lo que debes saber. Lo que todos hemos aprendido y olvidado una y otra vez desde hace mucho, mucho tiempo.

Eres inteligente, más de lo normal. Todos lo somos. ¿Crees que la gente que hay a tu alrededor ve las mismas cosas que tú? ¿Que oyen los mismos sonidos, distinguen los mismos sabores? Piensa otra vez. Es tan, tan evidente... y al mismo tiempo fácil, muy fácil de descartar. Piensas que todo el mundo es especial, ¡pero no lo es! Tú lo eres, nosotros lo somos. Ojalá pudieses verme, aquí, detrás de ti, dándote ánimos. Pero para verme primero debes terminar de leer. Todo estará más claro entonces.

Ocurrió pronto, muy pronto. Aquella vez, *esa* visita al médico. Siempre es igual: un viaje en coche, el llanto, y ahí suele terminar el recuerdo. Como mucho algún trazo de paredes y batas blancas, pero eso es todo. Fue parecido en mi caso. Recuerdo mirar por la ventanilla y contemplar las estrellas, fijas, apabullantes, mientras el paisaje en tierra se emborronaba a toda velocidad. Las estrellas... te gustan, ¿verdad? Has pensado en ellas. Contemplabas el firmamento, aunque ahora lo hagas menos a menudo, y lo comprendías todo, por un instante pasajero, después del que solo te quedaba esa extraña intranquilidad, esa sensación de confusión.

¿Lo has notado? ¿Notas ahora mi mano sobre tu hombro? ¡Es frustrante no poder tocarte, abrazarte, *aferrarte!* Pero con cada palabra que lees nos das un poco más de fuerza. No desistas, por favor, confía en mí y sigue leyendo. Estamos contigo.

Veo tu expresión, adusta, incrédula. Pero también he notado cómo tu respiración iba acelerando. Sé que casi vuelves a ver aquel rostro que te visitaba en las noches de tu infancia. Revives el cambio entre la persona que fuiste y la persona que eres.

Piensa en esas veces en que la solución a un problema es tan, tan fácil, que no entiendes cómo puede ser que nadie más lo haya resuelto salvo tú. Piensa en los momentos en que, por un instante, sientes que sabías lo que iba a pasar. Piensa en esas extrañas sombras en la noche, que descartas con una sonrisa nerviosa y que finges no recordar a la mañana siguiente.

¿Todavía crees que estás leyendo un relato?

¡Te hablo a *tí!*

Piensa en nosotros. ¡Míranos!

Vinimos hace mucho, mucho tiempo; tanto que no lo recordamos, pero sabemos. Oh, sí, *sabemos*. Vivir es ser, y ser es sentir. El cuerpo siente, y el alma... el alma es lo único que queda de lo que fuimos. ¿Tan extraño es que queramos repetir la experiencia? ¿Acaso es una locura querer vivir para siempre?

La vida de un niño, solo eso. Ese es el precio que pagamos gustosos por vivir una generación más en este mundo, por una existencia corpórea y plena. Hasta ahora tus recuerdos estaban mezclados con los suyos... pero no seguirá siendo así cuando termines de leer y contemples nuestros rostros espirituales.

Sí... ya empiezas a entenderlo. Lo huelo en tu nuca... lo saboreo en el sudor frío de tu piel. Recordarás, claro que lo harás, y entonces volveremos a estar unidos. Piensa, piensa en los terrores nocturnos, concéntrate en el rostro que aparecía allí, al borde de tu cama, iluminado de un modo antinatural en la oscuridad. Era

un rostro ojeroso, blanquecino, lúgubre, de ojos grandes oscuros e insensibles, con pupilas doradas y brillantes en lugar de negras. Era un rostro duro, de pómulos descarnados y ceño fruncido, nariz arrugada y barbilla temblona. Aunque no las veías, sus manos aferraban las sábanas, porque notabas la tirantez en la tela y el peso sobre el colchón. Recuerda sus susurros, rasposos, que no podían pertenecer sino a una pesadilla y sin embargo eran reales, muy reales. «*Déjame entrar*», decía la voz. «*Por favor, tan solo déjame entrar. Solo un momento, un rato. Déjame entrar*». Recuerda tu mudez, tu parálisis. «*¿Es que quieres enfadarme? ¡Déjame entrar!*» ¿Recuerdas? Ese rostro que se acercaba, poco a poco, al tuyo. Cerca, muy cerca, rozando ya su nariz con la tuya, dejando que el aliento nauseabundo que escapaba de entre sus dientes amarillos se condensase en tus labios. «*¡DÉJAME ENTRAR!*», un rugido que traía consigo un horrible vértigo, la sensación de estar cayendo desde un décimo piso sin moverte de tu cama, y el rostro, siempre ahí, siempre cerca.

Pero esos no son tus recuerdos; fueron los suyos, hace muchos años, pero tú solo los tomaste prestados. ¿Entiendes? Todo terminó después de esa visita al médico. Se acabaron los terrores nocturnos, aunque todavía te aceche su recuerdo. Ya no te visitaba, en las noches, aquel rostro tan parecido a los nuestros, tan parecido a los rostros que te rodean ahora aunque tú te niegues a verlos.

¿Te atreves a mirar tras tu hombro?

No, no nos quieres ni nos puedes ver todavía, pero estamos aquí, contigo. Nos verás cuando recuerdes, cuando comprendas. ¿Que qué hay que comprender? ¡No juegues con nosotros! ¡No agotes nuestra paciencia! Lo sabes muy bien. Era un rostro demoníaco, el rostro de un espectro, un demonio, un ente, el rostro de un ladrón de cuerpos, de un ladrón de vidas. Era tu propio rostro mirándote desde fuera en la soledad de la madrugada.

Empiezas a comprenderlo...

No, no somos muchos, pero sí los suficientes. Los que hemos venido hoy a hablar contigo esperamos nuestro turno, carecemos

por el momento de un cuerpo. Pero la mayor parte del tiempo, la mayor parte de nosotros, caminamos entre los vivos. Vestimos sus trajes, del mismo modo que vestimos sus pieles. Crecemos, vivimos, morimos, y buscamos un nuevo recipiente. En eso último nos ayudamos los unos a los otros, por supuesto, como una gran familia generosa. ¿Entiendes ahora todas esas cosas extrañas, todo aquello que no entendías en tus padres? Ellos te llevaron a ese doctor, y este tenía tanto de humano como lo tenemos nosotros, como lo tenían ellos... como lo tienes tú.

Respira hondo.

¿Por qué te lo tomas así? Todo el mundo piensa alguna vez que sus padres son unos monstruos. Tan solo da la casualidad de que tu yo adolescente tenía razón.

Qué rabia pensar que no hay otra forma de hacer esto, pero me temo que siempre ha sido así. Ojalá pudieses creerme sin más, ojalá no tuviesen que ocurrir las cosas del modo en que van a ocurrir. Me gustaría introducir mis manos en tu frente, lamer con las lenguas de mis dedos las heridas infectadas de tu memoria y ayudarte a recordar una parte al menos, una pequeña, de nuestra pasada gloria.

Recuerdo...

Pero espera un momento.

No...

¡No!

¿En qué estás pensando?

¡Tienes que creerme! No queda nada de aquella persona que fuiste. Ahora hay *otra cosa* en tu interior. ¡Míranos, aquí, a tu alrededor, agitando nuestras manos, lamiendo tus brazos y besando tus mejillas! ¿Es que no nos ves? ¡¿Por qué te obstinas en negar nuestra presencia?! Debes despertar, despertar a nosotros, y así...

No, no dudes. No permitas que tu fe se debilite. ¿Acaso no es real el terror que sentías en aquellas noches de tu infancia? ¿Acaso

no ha sido real esa sensación, cuando por un momento has vuelto la mirada y *me has mirado directamente a los ojos?*

¡No desconfíes! ¡No seas tan racional, tan asquerosamente realista, o estarás perdiendo la oportunidad de vivir para siempre! ¡No pierdas la fe en tus monstruos, o con un fuerte y único golpe de voz, el caballero dijo las palabras mágicas que levantarían el encantamiento de la bruja.

Y así es como liberó a la princesa y devolvió la paz al bosque del arcoíris, y ambos pudieron marcharse y vivir felices para siempre en un mundo en el que no existen los hechizos malignos... ni los finales tristes.

FIN

Sobre el autor de «El bosque del arcoíris»:

Pedro Moscatel. Nacido en el año noventa, es informático, músico y escritor. Ha publicado sus relatos en varios números de *Calabazas en el Trastero* y en otras antologías como *Descubriendo nuevos mundos*, *Steam Tales* o *Ácronos II*.

Hace poco ha salido a la venta su último libro, *Ciencia y revolución* (Editorial Libralia), y en 2011 publicó su novela *El rebaño del lobo* (Editorial Setelee).

En la actualidad mantiene un blog homónimo a esta última en la dirección www.pedromoscatel.es, donde pueden encontrarse relatos, reseñas, artículos y noticias sobre la ciencia ficción, el terror y la fantasía.